



## SIN / CON EL ESPÍRITU SANTO

Ven, espíritu divino, manda tu luz desde el cielo, padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo. Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero. Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito. Salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.

Pues bien, este es nuestra en nuestra oración de entrada. Ya veo que don Francisco Rayos está incorporado. Y bueno, lo primero agradeceremos a todos el que hayáis acudido a esta convocatoria porque creo que vamos a explorar pues esta forma también de encontrarnos, como una forma posible de acompañar a la vida contemplativa además de las formas ordinarias.

Y bueno, pues igual antes de comenzar, pues creo que es digno de subrayar una felicitación especial a las trinitarias en los 500 años, los 500 años que recién hemos celebrado pues allí en Villena. Y la verdad es que una conmemoración de 500 años yo creo que merece la pena subrayarla y resaltarla porque ha habido mucha historia de fidelidad y de ser probados y de noches oscuras y de sequedades, pero al mismo tiempo ha sido el Espíritu Santo el que ha dado el don de la perseverancia.

A la hora de compartiros una reflexión hecha justamente en la antevíspera de Pentecostés, como os podéis imaginar obviamente vamos a hablar del Espíritu Santo y para ello pues he pensado en recurrir, servirme de una breve oración que supongo o una reflexión que supongo que conoceréis. Yo recuerdo que llegó a mi conocimiento pues siendo un sacerdote jovencito, y es una declaración de un encuentro ecuménico de las iglesias cristianas realizado pues allá por el año 1968, o sea hace muchísimo tiempo. Entonces, en un encuentro ecuménico se hizo, propiamente no es una oración, sino que es una formulación de la conciencia que tenemos de la necesidad total y absoluta que tenemos del Espíritu Santo.

Esta declaración es la siguiente, la leo y luego la voy a ir desgranando: Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo se queda en el pasado, el evangelio es letra muerta, la iglesia una mera organización, la autoridad una dominación, la misión una propaganda, el culto una mera evocación, el comportamiento cristiano una moral de esclavo. Pero en El, en el Espíritu Santo, el cosmos es elevado y gime en el alumbramiento del reino. Cristo resucitado se hace presente, el evangelio es capacidad de vida, la iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión un Pentecostés, la liturgia memorial y anticipación, el comportamiento humano queda deificado.

Bueno, esta es por lo tanto la proclamación, en la que se muestra la conciencia plena de la necesidad que tenemos del Espíritu Santo. Y para caer en cuenta de ello, para tomar conciencia de ello, se hace primero una reflexión de que qué sería, qué es de nosotros sin el Espíritu Santo. La segunda parte, y con el Espíritu Santo lo que somos, contraponiendo una cosa y la otra. Las voy desgranando.

Lo primero que se afirma: Sin el Espíritu Santo Dios está lejos. Sabemos que en nuestra relación con Dios tenemos pues una doble dimensión, Dios es absolutamente trascendente y Dios es absolutamente inmanente. O sea, la primera es una afirmación en la que caemos en cuenta de nuestra pequeñez y de que Dios está muy por encima de lo que nosotros podamos imaginar, muy por encima de lo que nuestros razonamientos son capaces de alcanzar. Dios siempre trasciende al hombre, está más allá. Hablamos de atributos como que Dios es todopoderoso, Dios es infinito, etcétera, atributos que subrayan el poder inmenso de Dios, la trascendencia de Dios. Ante él nosotros tomamos conciencia de nuestra pequeñez, etcétera.

A veces por cierto yo creo que con un error, un error aunque con buena voluntad, se ha pensado que no debemos de subrayar ese tipo de atributos, de atributos de Dios todopoderoso, Dios infinito. Incluso os voy a contar que en alguna visita pastoral que hace el obispo, cuando utiliza el misal, hasta se encuentra algún misal de altar en el que ve que algún sacerdote ha borrado la palabra infinito, todopoderoso, y ha puesto allí Dios todo bondadoso en vez de todopoderoso, etcétera pensando que de esa manera subraya la cercanía de Dios. Obviamente es un error, porque si no afirmamos la trascendencia de Dios, luego a la hora de afirmar la cercanía de Dios le quitamos precisamente todo el mérito que tiene, que Dios siendo tan infinito y trascendente se haya hecho tan cercano.

Por tanto sí Dios, por su por su esencia comparada con la nuestra, es trascendente, pero al mismo tiempo Dios es inmanente, más cercano a nosotros que nuestra propia intimidad, más íntimo que nuestra propia intimidad. Él habita en nuestro corazón. San Agustín formula una expresión que me parece maravillosa, él dice el Espíritu Santo es el alma de nuestra alma.

Y además sabéis que generalmente, cuando hablamos de qué es el hombre, hablamos del hombre en una como una dualidad de cuerpo y alma, pero es curioso que sabemos que en San Pablo, que en las cartas de San Pablo, existe, algún versículo en el que habla de una tríada que en la cual se nos

define como espíritu, alma y cuerpo. O sea se añade a ese cuerpo y alma, cuerpo y alma, el espíritu. ¿Y qué es el espíritu? Pues el espíritu obviamente es esa participación que tenemos de la vida de Dios en nosotros, el Espíritu Santo. Es decir, que en el fondo sin el Espíritu Santo estamos incompletos. El hombre está incompleto porque Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza, y la culminación del designio con el que Dios nos ha creado es el ser habitados por el Espíritu Santo.

Luego cuando dice, esta oración o esta declaración, declaración ecuménica, sin el Espíritu Santo Dios está lejos, claro, cuántas personas, cuántos hermanos nuestros no han experimentado la cercanía de Dios, la intimidad de Dios. Y sencillamente esa carencia de experiencia de intimidad de Dios es una carencia del Espíritu Santo hacia el cual tenemos que pedir el don de que nos muestre nos introduzca en la intimidad de Dios.

En segundo lugar dice: Sin el Espíritu Santo, Cristo se queda en el pasado. A veces cuando leemos los evangelios, se suele comenzar diciendo "en aquel tiempo dijo Jesús". Y entonces con esa introducción casi parece que nos está sugiriendo algo equivocado, como que estamos remitiéndonos a una historia del pasado. Sin embargo no es así. Esa esa palabra del evangelio que se proclama nos hace coetáneos con Jesucristo, os hace coetáneos. O sea, Jesús no se queda en el pasado, Jesús vive en el presente y además a nosotros también nos tuvo presentes en el momento en el que vivió gracias al don del Espíritu Santo.

Por ejemplo, el catecismo de la Iglesia Católica afirma que en ese momento en el que Jesús estuvo en Getsemaní, nos conoció, nos conoció a nosotros personalmente. Humanamente hablando, es el Cristo hombre, no solo el Cristo Dios que obviamente él como Dios, como Verbo Eterno de Dios, pues es omnisciente, lo conoce todo. Pero es que el catecismo de la Iglesia Católica añade que Jesús, para poder redimirnos plenamente, para que la redención fuese ofrecida personalmente a cada uno, esto lo hago por ti, solo por ti, Jesús entrega su vida por ti. Te conoció, me conoció, nos conoció a cada uno de nosotros personalmente cuando estaba en Getsemaní.

Por eso también esas oraciones que hacemos de reparación, de reparación al corazón de Jesús y en las que nos remitimos a Getsemaní, también las hacemos en virtud de que el Señor sabía que nosotros íbamos a hacer una oración de reparación ahora en el año 2023, íbamos a hacer una oración de reparación y nos íbamos a unir a Jesús en ese momento de Getsemaní. Él nos conoció, Jesús conoció nuestra entrega, nuestra ofrenda, y eso gracias al Espíritu Santo, gracias al don del Espíritu Santo, que nos permite hacernos coetáneos de Jesucristo.

En tercer lugar dice esa declaración: Sin el Espíritu Santo el evangelio es letra muerta. Todos sabemos, somos conscientes de que se puede ser un biblista, un biblista, un experto en biblia, conocedor de la exégesis y especialmente de los métodos históricos críticos, etcétera, como muchas veces nuestro ya difunto Benedicto XVI remarcó en algunos de los prólogos de sus libros, de Jesús de Nazaret. El gran riesgo es que uno se acerque a las sagradas escrituras desde

un método histórico crítico, pero como si fuesen letra, como si fuesen letra muerta, como si uno no descubriese en ese evangelio a la palabra vida, la palabra de vida.

Y recordamos como a San Juan Pablo II le gustaba subrayar la importancia de la teología arrodillada. En el fondo hay, como podíamos decir, yo a los seminaristas les suelo insistir, que hay como tres sedes, tres sedes desde las que nos acercamos a la palabra de Dios. Una sede es la del ambón en el que se proclama la palabra, otra sede es la de la mesa de tu de tu cuarto, la mesa de tu estudio, y la tercera es tu reclinatorio en la capilla. Tres sedes: la litúrgica, en la mesa de tu despacho donde estudias, y la tercera tu reclinatorio delante de la capilla, porque es el Espíritu Santo el que nos inspira en las tres de manera que el evangelio no sea letra muerta para nosotros, sino que es pan de vida. No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

En cuarto lugar dice también esta declaración: Sin el Espíritu Santo la Iglesia es una mera organización. Entonces, por desgracia tenemos que reconocer que muchas veces se habla se habla de la iglesia meramente con unos términos como la iglesia es asamblea, es la asamblea. Claro que es asamblea, iglesia es el pueblo, el pueblo de Dios, sí, el pueblo pero de Dios no olvides, no es el pueblo sino el pueblo de Dios. Y a veces hemos dejado en el olvido otros calificativos desde los cuales conocemos a la iglesia en especialmente su identidad mística. Por ejemplo cuando se dice el Concilio Vaticano II en el primer capítulo de la Lumen Gentium, en el que se habla del misterio de la iglesia, habló de la iglesia misterio de Dios, misterio de Dios. También la iglesia es cuerpo místico de Cristo, es decir, sin el Espíritu Santo fácilmente nos olvidamos de esto, nos olvidamos de que la iglesia es misterio de Dios, nos olvidamos de que la iglesia es cuerpo místico de Cristo y entonces pensamos en la iglesia únicamente en términos horizontales. La iglesia es una asamblea, es un pueblo, pueblo en marcha, etcétera, que claro que son también expresiones que forman parte, de la reflexión que hace la iglesia sobre su identidad, pero sin olvidar nunca su origen y su identidad divina. La iglesia es misterio de Dios, la iglesia es cuerpo místico de Cristo, sin el Espíritu Santo la iglesia queda reducida a una mera organización.

En quinto lugar: Sin el Espíritu Santo la autoridad es una dominación, dice esta declaración, una dominación. Tanto en la forma de ejercer la autoridad como la forma de percibirla o de recibirla, pues resulta que entonces, sin el Espíritu Santo, la autoridad se trueca en una especie de lucha por el poder. Acordaros como los evangelios dicen: discutían quién era por el camino, discutían quién era el más importante. Sin el Espíritu Santo fácilmente entramos en la vanidad de los cargos. Este es un puesto más destacado que el otro, el otro es un puesto más de segundo rango Y Jesús nos dice: el que quiera ser el primero, que sea el servidor de todos. Insisto, sin el Espíritu Santo la autoridad es una mera dominación. La autoridad de la iglesia sin el Espíritu Santo se acaba convirtiendo en lo que en el mundo es, y en el mundo es una carrera por el poder, una carrera porque... ¡qué buena carrera ha hecho!, ¿y a qué se refiere con esto? Bueno, pues que ha obtenido los puestos de honor.

En sexto lugar dice: Sin el Espíritu Santo la misión es una propaganda. Como si uno como si la evangelización de la iglesia consistiese en vender un producto para que tenga éxito y el triunfo de la evangelización sería tener éxito. Y además suele ocurrir que cuando se procede así, cuando no tenemos éxito nos decepcionamos y entonces no tenemos perseverancia, nos cansamos fácilmente porque claro, porque en el fondo, sin el Espíritu Santo, la misión es una pura propaganda, propaganda. Que yo creo que esto es a lo que el Papa Francisco tantas veces se refiere cuando nos dice proselitismo no. O sea, hay que decir apostolado sí, ganar almas para Cristo sí, evangelización sí. La palabra proselitismo obviamente se puede interpretar en distintos sentidos, pero en ese sentido negativo que suele utilizar el Papa, pues es decir esto es como si la misión fuese una pura propaganda.

El séptimo lugar: Sin el Espíritu Santo el culto es una mera evocación. Y a veces puede ocurrir que podamos ser amantes de las fórmulas litúrgicas, muy cuidadosos de que las cosas externamente estén bien hechas, que todos los ritos estén bien guardados, que haya una belleza exterior en la liturgia, pero que estamos faltos del Espíritu Santo para que el culto sea lo que es. Decía Chesterton que la tradición, la tradición y digamos también la tradición litúrgica es la transmisión de un fuego, no es la adoración de unas cenizas. Cuando nosotros cuidamos la tradición litúrgica no es por adorar unas cenizas, sino por transmitir un fuego que es distinto. Y sin el Espíritu Santo ocurre que el culto, que la liturgia es una mera evocación pero no transmite el fuego.

En octavo lugar: Sin el Espíritu Santo el comportamiento cristiano es una moral de esclavo. Moral de esclavo, las cosas las hago porque están mandadas, pero en el fondo es como le pasa al hijo mayor de la parábola del hijo pródigo que dice "yo aquí siempre te estoy obedeciendo", casi como diciendo "soy un soy un desgraciado aquí todo el día obedeciéndote mientras que otros están ahí fuera pasándoselo bien". Pero ¿cómo?, pero por Dios, si tú tenías que estar disfrutando, si obedecer a Dios es una alegría, ¿o no te das cuenta o no te das cuenta de ello de que es un privilegio vivir en casa del padre. Entonces esta es la paradoja, la paradoja que una moral de esclavo es aquel aquella en la que uno se reduce a hacer las cosas porque están mandadas sin descubrir que los mandamientos de Dios son una expresión de su misericordia porque me preservan, buscan mi bien.

Vivir una moral de esclavo por ejemplo se suele traducir a que uno se comporta de una manera muy distinta cuando le están viendo que cuando está solo, solitario. Así, si me están viendo, si estoy bajo los ojos de los demás, si hay una cámara colocada que me está grabando, pues entonces allí formalito, yo qué sé, guardando unas formas. Pero claro, si no si nadie me va a ver, entonces mi comportamiento es muy distinto porque tienes una moral de esclavo, porque falta el Espíritu Santo, falta el Espíritu Santo. Repito, pues, sin el Espíritu Santo el comportamiento moral es propio de una moral de esclavo.

El noveno lugar, sin el Espíritu Santo no perdón que hemos concluido el sin el Espíritu Santo y era en esta declaración. Ahora viene y con el Espíritu Santo.

Veamos ahora cuán distintas son las cosas. Dice: Pero en él, con el Espíritu Santo, el cosmos es elevado y gime en el alumbramiento del reino. O sea, gracias al Espíritu Santo vemos cómo el mundo entero está gimiendo con dolores de parto y cómo se están suscitando muchas conversiones en medio de las persecuciones y en medio del desastre y de la debacle cultural que vivimos, pero al mismo tiempo el reino de Dios se abre paso. Y aunque parezca que el mal triunfa, Dios sigue adelante con su designio de salvación.

Por el Espíritu Santo en décimo lugar: Cristo resucitado se hace presente, se hace presente. Jesús dijo: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo, todos los días hasta el fin del mundo". Entonces esa conciencia de la presencia viva de Jesucristo es gracias al Espíritu Santo. Nuestra vida de fe en el fondo uno yo creo que un indicativo clave es el de tener una conciencia viva de que Cristo vive contigo. Esto es lo esto yo creo que es lo determinante. No sé si conocéis una anécdota del padre Rubio, de San Josemaría Rubio y Peralta, que fue es un jesuita, que murió en el año 1929. Se le conoció como el apóstol de Madrid, un hombre que cuando uno lee un poco por sus cartas, etcétera, a mí lo que más me llama la atención de él es que tiene una conciencia de la presencia de Dios vivísima, hasta el punto de que ocurrió en más de una ocasión que cuando subía al tranvía en Madrid pedía dos billetes en vez de pedir uno solo. Y cuando decía el conductor del tranvía: "Pero si viene usted solo, ¿por qué has pedido dos billetes?, perdón uno, porque había pedido otro para el Señor, porque él porque él tenía conciencia viva de que iba con Jesús a dónde iba y pedía dos billetes en el tranvía. Bueno, una anécdota. Pero obviamente es el Espíritu Santo, el que nos permite tener esa conciencia viva de presencia, de lo contrario estamos con el cuerpo presente pero con el espíritu ausente.

Por el Espíritu Santo el evangelio es capacidad de vida, dice esta declaración, capacidad de vida. Es decir, cuando el Espíritu Santo nos ilumina se suscitan proyectos de vida, deseos de reforma, deseos de santidad. Cada vez que leo el evangelio salgo interpelado, salgo interpelado. Cuando el Espíritu Santo está en nosotros es que escuchamos la palabra de Dios y dices: "Oye, que parece que esto estaba dicho para mí hoy, o sea esta es la palabra que estaba escrita para mí". Y uno tiene esa conciencia, de decir: Pero por Dios. Gracias al Espíritu Santo, el evangelio es capacidad de vida.

Un paso más dice la declaración: Por el Espíritu Santo la iglesia significa la comunión trinitaria. La familia del cielo y la familia de la tierra están unidas, la familia de la Santísima Trinidad y la iglesia, y la iglesia triunfante y la iglesia peregrinante y la iglesia purgante están en una gran comunión, en una gran comunión entre nosotros. Y oramos por los que se están purificando en el purgatorio, lo tenemos como cosa clave en nuestra vida porque hemos nacido para la comunión, para la comunión. La palabra clave de quien tiene al Espíritu Santo dentro de él es comunión, alianza.

Cosa que ¿cuál es la palabra clave de la cultura de nuestro tiempo? No sé no sé qué responderíais, pero yo diría la palabra clave es autoafirmación: yo me autoafirmo, me autodetermino, yo decido cuando quiero morir, yo decido si soy hombre y mujer, yo me autodefino, yo me auto, todo es auto. El caso es que

luego no es que vayamos a pie sino arrastrados, pero bueno, el caso es la realidad. O sea, la palabra que el concepto que yo creo que describe nuestra cultura en crisis es la autoafirmación, que es que es paradójica porque es que en el fondo es dime de qué presumes y te diré de qué careces. Sin embargo el don del Espíritu Santo es el don de la comunión, de la comunión. Es don de la alianza, descubrir la alianza que el hombre tiene con Dios, descubrir la alianza en el seno de la Iglesia, la comunión del seno de la Iglesia, la comunión con la con el purgatorio, la comunión con nuestros hermanos del cielo.

Sigo adelante en esta declaración: Con el Espíritu Santo la autoridad es un servicio liberador, liberador. Reinan es servir y servir es reinar y ¡qué libres nos hace la obediencia! Gracias al Espíritu Santo uno ve en la obediencia libertad. Esto vamos yo creo que seguro que alguno que todos y cada uno de nosotros podíamos compartir alguna experiencia, alguna experiencia a la que uno puede decir: "Madre mía, es verdad, viví esta situación en mi vida en la que hice un voto de confianza, en la obediencia a la madre iglesia y qué paz me dio, qué libertad me dio". Porque con el Espíritu Santo la autoridad es un servicio liberador, nos libera de nuestra soberbia, de nuestro amor propio, de nuestras perplejidades, de la capacidad de ser engañados. Reinan es servir y servir es reinar.

Doy un paso más: Con el Espíritu Santo la misión es un Pentecostés. Un Pentecostés es un salir de nosotros mismos, es un superar nuestros miedos como superaron sus miedos aquellos que estaban en el cenáculo con las puertas cerradas. Es un dejarnos sorprender por la creatividad del Espíritu Santo que siempre sorprende, siempre sorprende. Entonces eso es un don del Espíritu Santo, la capacidad de sorprendernos que tiene Dios y el darnos ese don de ser una iglesia en salida. Todo lo contrario de estar de ser autorreferenciales, todo lo contrario pues de ese gran mal espiritual que aqueja nuestro tiempo que es la auto contemplación narcisista, ¿sabes? O sea, es una donación de nuestra vida, un Pentecostés.

Con el Espíritu Santo continúa esta declaración ecuménica, con el Espíritu Santo la liturgia es memorial y anticipación. Es decir, con el Espíritu Santo la liturgia, lejos de ser un mero recuerdo del pasado, es la actualización del sacrificio de Cristo. Por el don del Espíritu Santo, el sacrificio de Cristo en el Calvario, la ofrenda de su vida al Padre, se hace presente en el altar y se actualiza en el hoy, aquí y ahora. Y no solo eso, sino que además de actualizar aquel momento, anticipa la gran fiesta de la Jerusalén celestial. Gracias al Espíritu Santo cada vez que vamos a la Eucaristía, cada vez que participamos en la Eucaristía, vamos al cielo, vamos al cielo y así lo tenemos que vivir: voy al cielo, voy a la Eucaristía, voy a participar de ese banquete de las bodas eternas.

Y por último dice esta declaración: Con el Espíritu Santo el comportamiento humano queda deificado. Es decir, siendo pecadores como somos, el Espíritu Santo escribe en nosotros y a través de nosotros páginas maravillosas de la historia de la iglesia, páginas maravillosas. Por ejemplo, es impresionante, a mí me ha impactado mucho, seguro que también vosotros habéis vivido con mucha alegría esa inclusión, ya que estamos hablando de una declaración

ecuménica, esa inclusión de los 21 mártires coptos, que me ha parecido maravillosa porque el fondo es como decir es que al final es que eso solamente puede ser un don del Espíritu que supera la reacción de la carne.

Por ejemplo, porque claro jamás se había habido un martirio proyectado de una manera tan viva, con una cámara grabada con una definición de 4K y con unos medios unos medios de grabación vamos que allí hay que decir que aquellos terroristas del estado islámico tenían profesionales, profesionales de la comunicación. Aunque luego ya sabemos que en el momento en el que se ha transmitido ese vídeo, pues en la mayoría de las transmisiones obviamente pues un poco pues por el pudor de lo que supone ese momento tan trágico se ha quitado el momento en el que son degollados. Pero a mí me ha impresionado profundamente ver como en el momento en el que todos ellos se pone les ponen de rodillas, les están sujetando y les ponen el cuchillo, en el cuello a punto de ser primero degollados y luego decapitados, ellos con una paz que yo no me explico humanamente hablando no hacen más que repetir en los labios unas expresiones. Claro, ellos hablan en árabe, en egipcio, y entonces pues hemos podido saber que todos ellos por la lectura de los labios todos ellos morían repitiendo "Jesús misericordia, Jesús misericordia", pidiendo la misericordia de Dios. A mí me parece que se pueda morir así, es que sin duda alguna es un comportamiento deificado. Es Dios quien nos permite participar, de esa muerte de Cristo de esa manera.

Hace poco visité el museo que lo tenemos sin preparar para las visitas externas, a ver si somos capaces, de prepararlo y que está en Nuestra Señora de Gracia, en los locales de Nuestra Señora de Gracia donde anteriormente estuvo el obispado, antes de estar aquí en Marc Oliver. Pues allí se conservan, allí don José Luis Casanova tiene conservados pues todos los testimonios martiriales, etcétera. Y hace poco lo visité, pues fui con don Vicente, el vicario general, y también con don José Luis, y allí me estuvieron enseñando las cosas y en concreto os voy a compartir lo que más me impactó. Me impactó que, bueno, el testimonio de uno de los sacerdotes que le martirizaron, camino de Villena creo que era, le bajaron para fusilarle y él pidió antes de que le fusilaran rezar el Padrenuestro. Se lo permitieron. Y cuando iba rezando el Padrenuestro, al llegar a la invocación "perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden", ya sin necesidad de seguir adelante, se tapó la cabeza con un pequeño manto y les dijo: "Ya pueden disparar", y le dispararon. Y ahí conservamos el manto con los agujeros de la bala y manchado de sangre de aquel hombre que murió así.

Eso me parece que solamente se explica por el don del Espíritu Santo, porque hay comportamientos de santidad de ser movidos por Dios que están por encima de la carne y de la sangre. Bueno, eso que en los mártires, lo vemos de una manera muy especial, porque nos dice morir así solo tiene una explicación, que es el Espíritu Santo el que mueve nuestros labios, nuestra vida, nuestras reacciones, el hecho de que uno no se deje llevar por el pánico, por yo qué sé, una reacción de salir corriendo, yo qué sé, que sería lo humanamente hablando explicable. El Espíritu Santo nos deifica.

Pero así como en esos casos, lo vemos muy de una manera muy patente, estoy seguro que también lo estará haciendo de una manera que nos puede parecer ordinaria en la vida, cuando él nos da por ejemplo pues el don de la perseverancia, porque lo propio del hombre suele ser ilusionarse, cansarse y dejar las cosas a medias, es lo propio del hombre. Y allí donde vemos sin embargo que hay perseverancia, que hay constancia, pues es que el Espíritu Santo nos está deificando. O lo propio de la carne humana y de su concupiscencia pues suele ser pues que nosotros queden heridas de rencores, que nos cueste olvidar, que nos cueste perdonar, que están dándole vueltas y dándole vueltas y dándole vueltas a las cosas y cuando recibimos el don de perdonar, que Dios nos dé la gracia y decir "bueno pues ya está, ya está, hasta aquí hemos llegado", perdonamos, obviamente es que estamos siendo deificados por el Espíritu Santo. Estoy convencido que el Espíritu Santo está actuando en nuestra vida de gracia mucho más de lo que suponemos, mucho más de lo que suponemos. Nosotros solemos identificarle en algunas situaciones muy concretas, pero mucho más de lo que suponemos.

Tuve hace pocos meses un diálogo debate con un escritor aquí de Alicante agnóstico, e hicimos una especie de coloquio, entre el Obispo y él, así públicamente en un salón de actos de la ciudad de Alicante y hubo una intervención al final, que no olvidaré nunca y es que allí a nosotros habíamos hablado de las razones por la existencia de Dios, el agnóstico había hablado de todas sus dificultades de creer, y al final del coloquio un hombre que estaba al fondo de la sala levantó su mano y dijo: "No, no mire ustedes han hablado de razones, pero yo no voy a hablar de razones, yo voy a hablar de mi experiencia. Yo les voy a decir que yo fui ... yo he tenido una adicción", no dijo qué adicción era, "que me ha hecho sufrir muchísimo, que me tuvo absolutamente esclavo, que intenté confesarme y siempre caía y caía en ella, y fui a psicólogos y fui al médico y no fueron capaces, de arrancarme de esa adicción, supliqué y al final perdí la esperanza y dejé de pedir, y con todo. Pero de repente un año fui, era Semana Santa y fui a la Vigilia Pascual asistí a la Vigilia Pascual", dice, "y al salir de la Vigilia Pascual, de repente esa adicción que a mí me había tenido absolutamente secuestrado de repente desapareció y es como que no me volví a acordar de ella nunca más. Pero nunca, han pasado ya cuatro o cinco años", decía y puedo dar testimonio de que el Espíritu Santo hizo ese milagro de transformación".

Nosotros a veces lo percibimos cuando pasa una cosa así, pero yo creo que estamos siendo deificados, que Dios tiene paciencia con nosotros, que vamos caminando, que la perseverancia es un milagro. Que ustedes estén en esa ofrenda día a día, mes a mes, año a año, 24/7 como se dice hoy en día, 24 por 365, año tras año, a ver eso es un milagro, eso es un milagro. En el fondo el Espíritu Santo es el que nos da el don de la perseverancia y el que nos deifica, y tenemos que pedirle todo esto que hemos dicho en esta reflexión ecuménica, que nos permita vivir la liturgia con conciencia viva, que nos permita tener deseo de renovación y de santidad, que nos permita vivir la presencia de Dios, la presencia de Cristo resucitado con especial intensidad. Por ello me atrevo a decirles, que todos los que estamos aquí presentes, en esta conexión vamos a presentarnos ante Pentecostés como mendigos del Espíritu Santo, pidiendo

que Dios lo derrame, que derrame sus dones abundantemente en nosotros para que nuestra vida se vea derramada en este en este Pentecostés.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.